

**PABLO NÚÑEZ, Luis (2012): *Hacia una flora universal: la botánica y el español como lengua de la ciencia*. San Millán de la Cogolla: Instituto Historia de la Lengua de CILENGUA y Fundación San Millán de la Cogolla. 275 págs. [ISBN: 978-84-939292-2-0]**

El libro de Luis Pablo Núñez se presenta como un estudio de las obras sobre botánica aparecidas a lo largo de los siglos XVI y XVII en el que se aúna la investigación desde la perspectiva de la historia del libro y el estudio del léxico botánico que en ellas aparece. Pablo Núñez pasa a formar parte del grupo de estudiosos de léxico científico que tanto auge está teniendo en estos últimos años, como muestran los proyectos de investigación que se incluyen en la red temática «Lengua y ciencia» (<http://www.lenguayciencia.net/>). Esta coordina grupos españoles y europeos que trabajan desde una perspectiva interdisciplinar, uniendo dos áreas diferentes: la filología y la historia de la ciencia.

El estudio *Hacia una flora universal: la botánica y el español como lengua de la ciencia*, que se divide en once capítulos, se caracteriza por la descripción bibliográfica de las obras científicas aquí analizadas desde la perspectiva de la historia del libro y la descripción de las portadas, las cuales son transcritas y, en algunas ocasiones, vienen acompañadas de las imágenes correspondientes. Es evidente que la historia externa influye en la historia del libro y sus ediciones y reimpresiones; y el autor nos muestra estos cambios haciendo un análisis genealógico de las continuas impresiones.

Los once capítulos van precedidos de un prólogo de Ignacio Ahumada. En los dos primeros capítulos, presenta el propósito de este estudio y su metodología y, a continuación, nos expone un breve estado de la cuestión sobre «La lengua española en los inicios de la ciencia botánica». Los objetivos del autor aparecen en las primeras líneas del estudio: analizar y describir los libros de botánica en los que aparecieron las nuevas voces de esta ciencia en castellano, una investigación en la que se unen la historia del libro y la historia de la ciencia. Después, en el tercer y cuarto capítulos de la obra, hace un recorrido por la bibliografía y los recursos actuales que nos ofrece la red, un apartado tremendamente útil para el lector, y nos muestra un «Breve panorama sobre la botánica en los siglos XVI y XVII» (págs. 31-44) en el que se remonta hasta Aristóteles, Plinio y Dioscórides, entre otros. Durante siglos habían aparecido los nombres de las plantas en diferentes lenguas en las obras de medicina y farmacología en el cuerpo de los testimonios, en glosarios, en antidotarios, con numerosas variedades formales y dialectales también. Sin embargo, no fue hasta el siglo XVI cuando «se trató de inventariar y describir las plantas, animales y minerales, y una vez realizado esto se pasó a la tarea más compleja de ordenar y clasificar por rasgos o estructuras morfológicas» (pág. 33). Después, en el siglo XVII, debido al avance en el conocimiento de plantas y sus descripciones, se hizo necesario establecer nuevos sistemas clasificatorios. Fue el botánico y médico flamenco Rembert Dodoens, en su obra de 1554 *Cruydeboek*, quien «eliminó el orden alfabético habitual y propuso la agrupación por especies similares botánicamente» (pág. 33). Se buscaba una

clasificación universal y la equivalencia exacta de los términos en cualquiera de las lenguas. Ese fue el gran objetivo de los botánicos de los siglos XVI y XVII.

Era necesario, como bien hace el autor en el capítulo quinto «El Renacimiento y el *Dioscórides*» (págs. 45-50, dedicar un capítulo únicamente al *Dioscórides*, la obra de botánica más difundida desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, copiada, impresa, corregida, aumentada y anotada por multitud de especialistas. El *Dioscórides* es un compendio escrito por Dioscórides Anazarbeo<sup>1</sup> que recoge «todo el saber farmacológico escrito anterior a él, y que, por su extensión, ha perdurado desde el Imperio Romano hasta hoy, con las aportaciones añadidas a través de los siglos por las culturas cristiana y musulmana» (pág. 45). La obra fue copiada a lo largo de la Edad Media y reimpressa y traducida a las lenguas vernáculas con anotaciones variadas durante el Renacimiento en toda Europa; por ejemplo Nebrija, comenta Pablo Núñez, hizo reimprimir la obra en Alcalá de Henares en 1518 y añadió al final «un opúsculo de 25 folios que no es sino un vocabulario con la ocasional correspondencia castellana de muchos nombres griegos y latinos de las plantas» (pág. 47). El *Dioscórides* es, en definitiva, una obra clave en el estudio de la farmacología y la botánica.

Antes de comenzar el análisis pormenorizado de algunas de las más importantes obras de botánica de los siglos XVI y XVII, en el capítulo sexto, «Aspectos bibliográficos para la mejor comprensión del libro técnico: la publicación de obras científicas por Plantino y otros editores antuerpienses, las ilustraciones botánicas y los libros en bibliotecas privadas» (págs. 51-58), señala el autor que las imprentas de los Países Bajos, y en especial la ciudad de Amberes, fueron los centros de creación más importantes de libros botánicos durante el siglo XVI; Holanda y Francia lo serán durante el siglo XVII. La llegada de la imprenta y su enorme difusión también favoreció la inclusión de grabados e ilustraciones de las plantas y sus frutos para mostrar un mayor realismo a los lectores.

Las obras analizadas a lo largo del séptimo capítulo (págs. 59-212), parte central del estudio de Pablo Núñez, son las siguientes: el *Dioscórides* anotado por Andrés Laguna, por Amato Lusitano y por Pietro Andrea Mattioli (1555, 1554 y 1554, respectivamente); la *Historia de las plantas* (1554) de Rembert Dodoens; la obra también llamada *Historia de las plantas* (1601) de Charles de L'Écluse; la *Historia de las plantas* (1561) de Antoine du Pinet y, también es objeto de descripción y estudio la obra *Historia de las plantas* que Matthias de L'Obel publicó en 1576; la *Historia general de las plantas* (1587) de Jacques Dalechamps; *Plantarum, arborum, fructicum et herbarium effigies* (1552) de Christian Egenolff; el *Herball or Generall Historie of plantes* (1597) de John Gerard; la *Historia de las plantas* (1686) de John Ray; el *Index nominum plantarum multilinguis* (1682) de Christian Mentzel, de Caspar Bauhin y de Michael Toxites; el *Tractado de las drogas* (1578) de Cristóbal Acosta; el *Herbario nuovo* (1585) de Castore Durante; la *Historia Animalium* (1555) de Conrad Gesner; la *Historia natural* (1599) de Ulisse Aldrovandi y el *Libro de los secretos de agricultura* (1626) de Miguel Agustín. Todas las obras aquí mencionadas son analizadas desde los puntos de vista bibliográfico y catalográfico, es decir, se transcribe y se analiza la portada, se enumeran las impresiones y reimpressiones y se comenta si fueron o no traducidas a alguna de las lenguas vernáculas y, si es así, se incluye el dato de la impresión y, por último, se añaden los datos bibliográficos. Por una parte, Pablo Núñez comenta algunas traducciones de las obras a las lenguas vernáculas sin hacer demasiado hincapié desde el punto de vista filológico, ya que se centra en la perspectiva bibliográfica. Por otra parte,

<sup>1</sup> Como apunta Pablo Núñez, Pedacio Dioscórides Anazarbeo fue un cirujano griego del ejército romano, médico militar, que vivió en el siglo I de nuestra era (p. 45). Su obra principal se titula *De materia medica*, la cual se conoce como el *Dioscórides*.

hay un pequeño acercamiento al estudio del léxico botánico gracias a las tablas, de diferente extensión en cada caso, que el autor añade después del estudio de cada obra y donde se incluyen voces latinas y griegas y su correspondiente traducción, transliteración o vocablo, así como las variantes gráficas.

El estudio de las obras varía en extensión y en profundidad. De esta forma, los capítulos sobre el *Dioscórides* anotado por Laguna, Lusitano y Mattioli (1555, 1554 y 1554, respectivamente), la *Historia general de las plantas* (1587) de Dalechamps y el análisis del *Index nominum plantarum multilinguis* (1682) de Mentzel ocupan una mayor extensión. Esperábamos un mayor estudio de los libros *Pinax Theatri Botanici* (1623) de Caspar Bauhin y *Onomastica* (1574) de Michael Toxites, puesto que son claves en la historia de la botánica, ya que conforman la base del sistema taxonómico binominal usado en la botánica actual. Este sistema, creado por el sueco Carl Linneo (1707-1778), es hoy el *Código Internacional de Nomenclatura Botánica*, conocido por sus siglas en inglés ICBN.

La monografía de Pablo Núñez termina con una tabla cronológica que comprende desde el año 1551 hasta 1700, un índice de voces y el índice de nombres propios citados, en el que se echa de menos la aparición de las variantes de los nombres y apellidos de los autores y editores e impresores en su forma original vernácula y en su forma latina. Además, encontramos un gran apartado de bibliografía muy útil para todos aquellos que nos dedicamos al estudio de la lengua de la ciencia, ya que incluye desde referencias clásicas hasta los más actuales portales de *Internet*. Llama la atención que la investigación carezca de un capítulo dedicado a las conclusiones o de una recapitulación general.

En resumen, *Hacia una flora universal: la botánica y el español como lengua de la ciencia* resulta un estupendo panorama que sirve de base para estudios futuros relacionados con el léxico botánico en castellano y en otras lenguas vernáculas. Se trata de una base bibliográfica amplia y completa para las futuras investigaciones del autor y de quienes estemos interesados en la historia de la ciencia y la acogida del léxico científico-técnico por parte de las lenguas vulgares, para llevar a cabo estudios filológicos y lexicológicos de una mayor envergadura.

CLARA GRANDE LÓPEZ  
*Universidad de Salamanca*